

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Álvaro Matute Aguirre

Sillón: 11

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Enrique Krauze

DISCURSO DE INGRESO DE ÁLVARO MATUTE A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Principio por agradecer a los maestros, colegas y amigos de esta docta corporación el honor de que me han hecho objeto al elegirme académico de número y ocupar el sitio que dejara vacante hace seis años un querido maestro: don Juan Antonio Ortega y Medina. En especial, mi gratitud a las Josefinas, Muriel y Vázquez, a don Ernesto de la Torre y a Mauricio Beuchot.

Don Juan Ortega fue uno de los maestros de la segunda generación del exilio español. Interrumpió sus estudios en España, ya que un mes antes de cumplir 23 años estalló la Guerra Civil en la que prestó sus servicios como soldado de la República, lo cual también me hace admirarlo. Recién llegado a México tuvo que asilarse en la lejana Chiapas donde encontró un generoso mecenas que lo impulsó a trasladarse a la capital del país a continuar su formación humanística. Ortega se inscribió en la Normal Superior, donde fue alumno de los más representativos historiadores marxistas de aquellos años, como don Miguel Othón de Mendizábal, a quien siempre evocó como maestro fundamental. Alternaba el estudio con el trabajo de representante de laboratorios farmacéuticos, por lo que cargaba un maletín bien surtido de medicamentos. Después se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional, donde trabó contacto y se benefició de lo más representativo del pensamiento historicista aclimatado en México. Su constancia, la madurez que le dejó la experiencia de la guerra y las estrecheces de su vida de transterrado, le permitieron no detenerse sino hasta obtener el doctorado en Historia y a la postre llegar a ser profesor de carrera, lo cual en ese tiempo era particularmente difícil. Durante los años cincuenta se fue convirtiendo en prototipo de profesor e investigador. Su bibliografía se incrementaba a la par que las clases que impartía y las tesis que comenzaba a dirigir. Fue hasta su muerte, modelo de vida académica. Ya enfermo, retirado del cubículo, estaba pendiente de los proyectos que dirigía, sobre "Estado, Iglesia y Sociedad en México en el siglo XIX" e "Historiografía Mexicana", así como de la presentación del examen de maestría de una de sus discípulas dilectas.

Alguna vez escribí que mi primer contacto con Ortega y Medina fue en el salón 201 de la Facultad de Filosofía y Letras, un martes de febrero de 1965, de cuatro a cinco de la tarde. Y así todo el semestre, luego uno más, después la clase de Imperio Español y, por fin, el Seminario de Historiografía Mexicana del siglo XIX, donde, por una parte, trabajamos en los índices de la colección Hernández y Dávalos, aprendizaje artesanal que pone al estudiante en contacto con documentos de cuyo contenido no se sospecha, documentos que lo enfrentan a uno con la gran riqueza informativa o con la banalidad. Antes de esa experiencia, me había impresionado mucho un curso de invierno dictado por don Juan, que tenía como tema lo que después aparecería publicado en ese libro que ha sido compañero de ruta en mi desempeño como profesor de Historiografía de México II. Me refiero a la magistral compilación *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. Desde que escuché las conferencias me maravilló su destreza heurística que descubrió el "desliz intelectual" de Lorenzo de Zavala, quien omitió, al publicar y traducir las *Lecciones de historia*, el nombre de su autor, Volney, por lo que el texto le fue adjudicado a Zavala. Me impresionó también la profundidad con la que Manuel Larráinzar argumentó sobre cómo superar la carencia de una Historia de México y la finura con la cual Vigil habló de la "necesidad y conveniencia" de estudiarla. Ya entonces había tenido yo conocimiento de la extraña teoría de la historia del rumano Xenopol, cuyas repercusiones mexicanas atiende Ortega en ese libro: Agustín Aragón, Antonio Caso y Jesús Galindo y Villa. Me maravillé con el rigor de Ricardo García Granados y me puse a pensar en las razones que motivaron a Guillermo Prieto sus críticas a Enrique Rébsamen. En fin, con esa compilación he contribuido a los desvelos de veintisiete promociones de estudiantes de historia, a las que restaría tres usufructos sabáticos. Ese es mi nexo mayor con Ortega y Medina, de quien no sólo aprendí una ruta firme para transitar por el pensamiento historiográfico mexicano, sino a quien emulé en mi librito que recoge buenas muestras de *La teoría de la historia en México* elaborada entre 1940 y 1973. Tuve el privilegio de gozar de su conversación, dado que nuestros cubículos estaban muy cerca. Lo recuerdo gallardo y elegante, o desenfadado, con una cachucha amarilla que protegía su blanquísima piel de las inclemencias solares.

De Ortega y Medina también aprendí a apreciar la importancia de estudiar la visión que una cultura proyecta sobre otra. La gran contribución del maestro radica sobre todo en el análisis de textos fundamentales que cotejan cómo los anglosajones: alemanes, ingleses y norteamericanos, vieron al México que se independizaba de España para constituirse en nación independiente.

México en la conciencia anglosajona abrió una ruta que él mismo y una buena legión de discípulas enriquecieron. Maestro en el arte de la edición, sus trabajos sobre los textos de Brantz Mayer, Alexander y Wilhelm von Humboldt, William Prescott, Johannes Winckelmann, Leopold von Ranke dan muestra de universalidad y rigor. Artesano consumado, además de sus galas interpretativas en torno a estos autores y otros muchos que analizó, en los trabajos sobre los mencionados dio rica muestra de cómo se debe presentar un texto, haciendo resaltar sus contextos. Lo artesanal de Ortega, además, se vio en otra de sus "obras", el *Anuario de Historia*, cuyos primeros números editó y dentro de ellos, los trabajos de colegas y discípulos. En esa labor el estudio de la historia de la historiografía recibió un fuerte impulso.

Muchos zaguanes abrió Ortega y Medina para que desde México se penetrara en la evangelización puritana de la América del Norte y se establecieran diferencias entre "andrenios y robinsones". Don Juan Ortega y Medina fue historiador ejemplar. Encauzó vocaciones, abrió líneas de investigación que antes no se cultivaban en México. La riqueza y amplitud de su obra así lo muestran. Se le han rendido justos homenajes, obra de discípulas agradecidas que cultivan su recuerdo y lo comunican a las nuevas generaciones. En vida recibió los premios Universidad Nacional y Nacional de Ciencias y Artes en la rama de Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. Me enorgullezco de sucederlo aquí.

Es particularmente satisfactorio para mí que el sillón de la Academia que voy a ocupar haya sido el de un gran cultivador de la historia de la historiografía, uno de mis maestros en el menester al que me dedico con compromiso de continuar las lecciones recibidas. El discurso que procederé a leer tiene como tema, precisamente, el historiográfico, aunque referido a una época que el maestro no trató, sino en menor medida, cuando polemizó con los historiadores soviéticos. El título del discurso es:

ORÍGENES DEL REVISIONISMO HISTORIOGRÁFICO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El historiador norteamericano David Bailey se refirió con el nombre de "revisionista" a una historiografía cuyo tema era la Revolución Mexicana y que comenzó a circular hacia el final de los años sesenta. El nombre ha tomado carta de naturalización. Hoy en día todos los estudiosos de la Revolución identifican claramente a su historiografía revisionista. Bailey acertó. Lo que no desarrolló, puesto que entonces no venía al caso, fue el trazo de toda la génesis de esa

historiografía a la que hoy asociamos los nombres de Womack, Meyer, Katz, Guerra, Knight, Krauze, Aguilar, Córdova, entre otros. La propuesta que presento ahora parte de la hipótesis de que el revisionismo nació en el momento en que los veteranos de la revolución abandonaron la pluma y los académicos comenzaron a penetrar en terrenos en los que antes no se habían interesado, salvo alguna rara excepción.

Antes de que eso ocurriera, que como veremos, fue al promediar los años cincuenta, había habido un revisionismo, pero no propiamente historiográfico, sino decididamente político, cuyo objeto no era precisar interpretaciones históricas, sino discutir el rumbo que estaba tomando el país, bajo el amparo de una revolución mexicana convertida en ideología, que poco tenía ya qué ver con la realidad. Intelectuales como Luis Cabrera, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas habían sido, como los define Stanley Ross, *sepultureros de la revolución*. Pero sus trabajos, valiosos entonces como ahora, no eran de índole historiográfica. Eran ensayos políticos mediante los cuales discutían con quienes detentaban el poder entonces y con el uso que le daban a la revolución como fuente nutriente del régimen gubernativo en turno y del Estado mexicano en general. Se enfrentaron a la interpretación oficial de la Revolución, cotejándola con la realidad y desenmascarando la incongruencia que resultaba de ese cotejo de la revolución con la realidad. Pusieron de manifiesto el carácter irónico del discurso revolucionario: la práctica era lo contrario de lo que decía la voz de los ideólogos.

La obra producida por la primera generación de historiadores de la Revolución que actuaron en ella militar o políticamente, ya había llegado al agotamiento y todavía no aparecían los libros de quienes debían continuarla. Éstos surgieron paralelamente al momento que voy a tratar, en la segunda mitad de los años cincuenta, cuando uno de los porfirianos sobrevivientes, Jorge Vera Estañol dio a conocer su trabajo en el que concluía que con revolución o sólo con evolución, el país hubiera llegado al mismo punto; o bien el primer libro monográfico sobre la Revolución Mexicana, de confección marxista, debido a la pluma del ortodoxo stalinista José Mancisidor, para llegar a la síntesis de Jesús Silva Herzog, que significativamente concluye en 1917, y esperar un poco a la aparición de los tres tomos de Manuel González Ramírez, de complicada estructura, y a la voluminosa obra de José C. Valadés, calificado por Womack como el E.H. Carr de la historiografía de ese proceso histórico mexicano. Generación de autores, con la excepción de Vera Estañol, que vivió en su infancia o temprana

juventud la Revolución, y no tuvo participación significativa en ella. Esto los distingue de quienes sí lo hicieron y quisieron a toda costa que su interpretación predominara. Los de la segunda generación trataron de recuperar más el conjunto, ya que los primeros expresaron a la facción a la que pertenecieron y no vieron a la Revolución como un todo, salvo algunas excepciones como la de Jesús Romero Flores. Unos y otros se encontraban muy distantes de lo que sería el revisionismo. Y no me extendiendo aquí sobre la presencia de los historiadores extranjeros, sobre todo norteamericanos, que se ocuparon de la Revolución, porque en general, fueron poco leídos por los mexicanos. Su presencia aumentó después, de manera proporcional al interés académico en la Revolución.

Los historiadores académicos permanecieron ajenos a las polémicas que habían enderezado los críticos del sistema contra las desviaciones revolucionarias. Eso era, en última instancia, cosa de políticos, y la misión de la Academia era promover la asepsia histórica. Podría decirse que esa especie relativamente nueva en la fauna intelectual mexicana sólo se interesaba en las historias remotas de la antigüedad prehispánica y los tres siglos coloniales, además de las vicisitudes de la Independencia. De la compleja era de Santa Anna en adelante, preferían hacer caso omiso, con la excepción tal vez de la Reforma, lo que podía dar ocasión de ejercer la Clío de bronce. El porfiriato y la Revolución no fueron tema de los historiadores que ejercían su oficio, en las nuevas instituciones que los cobijaban. Si acaso ese periodista metido a historiador, que daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras, José C. Valadés, era la excepción de la regla. Tal vez tenían el temor, nada infundado, de que los historiadores-veteranos de la Revolución reaccionaran violentamente contra ellos y los tildaran de advenedizos. Los revolucionarios habían estado ahí, tenían los documentos y recordaban paso a paso sus hazañas y las de sus jefes. Optaban por la descripción de los hechos y la transcripción de documentos como garantía de verdad. Hoy en día, esa historiografía es una apreciable fuente, más en el orden informativo que en el interpretativo, pero en su tiempo era una propiedad privada a la que no se podía ingresar sin permiso.

El año de 1955 es el que nos da el punto de partida para nuestro intento. La Facultad de Filosofía y Letras había abandonado su tradicional edificio de Mascarones, en la Ribera de San Cosme, para instalarse en la Ciudad Universitaria, entonces máximo ejemplo de la modernidad arquitectónica mexicana. El traslado al sur no afectó las tradiciones. Los cursos de invierno se siguieron ofreciendo en ella y los de ese año estuvieron

dedicados a la Revolución Mexicana, gracias al interés en el tema del entonces director de la Facultad, Salvador Azuela.

La lista de participantes además de ser impresionante, es sobre todo representativa del momento y de las expectativas que se podían tener del estudio del México revolucionario a mediados del sexenio de Ruiz Cortines. Un año antes el propio gobierno había creado el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, del que Salvador Azuela fue también primer vocal ejecutivo. Como integrantes de su Consejo Técnico Consultivo quedaron varios veteranos-historiadores. Los sonorenses beneficiados con el movimiento revolucionario echaron a andar por esos años el Patronato de la Historia de Sonora, cuyo principal animador fue el licenciado Manuel González Ramírez. Este patronato se distinguió por haber publicado importantes fuentes para la historia de la Revolución.

Dentro de ese ambiente, es posible que los cursos de invierno de Filosofía y Letras hayan creado por lo menos cierta expectación. Cada uno consistiría de cinco conferencias y serían impartidos por conocedores de sus respectivos temas, ya se tratara de periodistas, actores políticos, académicos o intelectuales. Los participantes en el curso de invierno fueron José Alvarado, Diego Arenas Guzmán, Arturo Arnáiz y Freg, Salvador Azuela, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Justino Fernández, Henríque González Casanova, Manuel González Ramírez, Juan Hernández Luna, Xavier Icaza, Francisco Larroyo, Lucio Mendieta y Núñez, Vicente T. Mendoza, Manuel Moreno Sánchez, Manuel Germán Parra, Octavio Paz, Gabriel Saldívar y Silva y Rodolfo Usigli. La temática tratada puede dividirse en tres grandes rubros: historia intelectual, historia de la revolución como fenómeno histórico y cuestiones estructurales.

Dentro de las últimas, petróleo, desarrollo económico, movimiento obrero, reforma agraria, programa educativo. La historia intelectual tuvo como asuntos a tratar la pintura, la novela, el teatro, la poesía, el corrido, la historiografía, las influencias filosóficas. Cabe señalar que la participación de Paz no se refirió a la poesía de la Revolución, cuestión tratada por González Casanova, sino a aspectos que desarrolló en su libro magistral *El arco y la lira*. Los temas de historia de la Revolución fueron, entre otros, los planes revolucionarios, los nexos del movimiento armado con el porfiriato y "un curso de apreciación política sobre la vitalidad y decadencia de los ideales del movimiento revolucionario que se inició en 1910, sobre su crisis histórica y especialmente sobre la proporción y forma en que la realidad

nacional ha trascendido el cuadro de las medidas revolucionarias". Así lo expresa el maestro Hernández Luna, secretario de redacción de la revista *Filosofía y Letras*, que es el órgano que proporciona esta información. Ese curso fue impartido por Manuel Moreno Sánchez. Poco tiempo después, en el mismo año de 1955, publicó su versión escrita en otra revista, *Problemas agrícolas e industriales de México*, la cual es, también, todo un tema de estudio.

Antes de examinar dicho curso, me ocuparé del que fue dictado precisamente por Juan Hernández Luna, publicado en *Filosofía y Letras*, quien se preocupó por buscar a los "precursores intelectuales de la Revolución Mexicana" anticipando con este título el libro que publicaría unos quince años después James D. Cockcroft. Discípulo y paisano de Samuel Ramos, Hernández Luna abre su discusión con un valioso recorrido acerca de las diferentes interpretaciones en tomo a si la revolución tuvo o no precursores intelectuales. Ante esa interrogante, plantea el michoacano la existencia de cinco tesis.

Éstas van desde la que plantea la ausencia total de cualquier anticipo de precursor intelectual, hasta la múltiple, es decir, la que sostiene que hubo distintas variantes ideológicas en la Revolución, de manera que cada una tuvo sus antecedentes, aunque no haya habido un pensamiento precursor que elaborara una utopía revolucionaria cabal y que previera los resultados a los que se llegó. Así, son precursores quienes se refirieron a los problemas agrarios, como José María Vigil, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez; son precursores de la vida democrática que se buscó implantar, desde luego Francisco I. Madero y, con él, todos los que expresaron su antirreeleccionismo y su afán democrático; son precursores los Flores Magón, y con ellos, sus seguidores y los que intuitivamente lucharon contra la injusticia, como Praxedis Guerrero y Lázaro Gutiérrez de Lara. Y también son reconocidos como anticipadores de la revolución los miembros del Ateneo de la Juventud, y muy particularmente su mentor principal, Pedro Henríquez Ureña. Paradójicamente, don Pedro es autor de una de las tesis que niega la existencia de precursores intelectuales de la Revolución. Él, al igual que Diego Rivera, sostenía que los intelectuales tenían puestos los ojos en Europa y nunca en la realidad nacional. En cambio, tanto Lombardo Toledano como Alfonso Reyes encuentran en las inquietudes espiritualistas del Ateneo y en el empleo de la conferencia como arma de difusión de las ideas un elemento que manifiesta la voluntad de cambio colectivo que culminó con la Revolución. Luis Cabrera y Jesús Silva Herzog se manifestaban porque cada aspecto de la Revolución tuvo algún tipo de anticipo.

Algunos de los autores de las tesis revisadas por Hernández Luna expresaron sus ideas acerca de lo que es o debe ser una revolución, como Cabrera, quien dijo que se trata de "la rebelión de un pueblo contra la injusticia de un régimen social o económico", o bien, que "las revoluciones las hacen los pueblos para salir de una condición de servidumbre o de inferioridad en que los tiene sumidos un régimen". Don Alfonso Reyes, por su parte, y con respecto a la mexicana, dijo que "brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios sino un crecimiento natural".

La revisión de las tesis sirve a Hernández Luna para ubicarse en la búsqueda de ideas precursoras y coincidir con quienes, como Cabrera, Silva Herzog y Lombardo, plantearon que las cosas fueron madurando conforme se acercaba el estallido. Hay espontaneidad, pero también hay una preparación lenta cuya finalidad no es necesariamente hacer una revolución, sino fortalecer un ideario que sirviera para cotejarlo con la realidad y transformarla. Para este estudioso los precursores son quienes introdujeron al país las ideas de Fourier y Proudhon y las llevaron adelante para buscar el cambio social mediante la organización de los trabajadores. Lo que con el tiempo fue el anarcosindicalismo. Con ello, Juan Hernández Luna a su vez se convierte en precursor de los estudios sobre el pensamiento que orientó a los obreros mexicanos en los años precedentes a la Revolución. Hay un tímido revisionismo en la actitud y en la tesis de este profesor. Su aportación consiste, sobre todo, en enfrentar una idea generalizada, la de que los intelectuales eran afrancesados y no les importaba su país, fruto de la apariencia más que del análisis penetrante y que es lo que él caracteriza como tesis Rivera-Henríquez Ureña y que podría tener el *placet* de la historia oficial. Fuera de los historiadores magonistas y anarquistas como Luis Araquistáin, ninguno de los historiadores veteranos de la Revolución suscribiría las aportaciones de Hernández Luna. Ninguno se reconocería como seguidor de socialismos utópicos.

Lo importante y rescatable es la pregunta con la que Hernández Luna abrió su investigación. Para estudiar una revolución, y no sólo desde el ángulo de las ideas, es pertinente averiguar si ese fenómeno tuvo precursores intelectuales, si hubo o no una idea previa que aspirara a transformar la realidad. Con las respuestas que después de él se fueron dando comenzaron a proliferar las etiquetas que hacia principios de los años sesenta le fueron adheridas a la Revolución Mexicana: social, democrático-burguesa, en fin, vocablos no siempre felices en la medida en que al tratar de decir mucho con poco terminaban no diciendo nada.

La suerte estaba echada y, si se quiere con timidez, esos seres extraños que eran los académicos se iniciaban en el estudio de lo que legítimamente era la historia contemporánea del país, la de los arranques de la contemporaneidad. De ahí que los cursos de invierno fuesen pertinentes. Se buscaba conocimiento y se buscaba interpretación: *episteme y doxa* de la Revolución. Los diferentes recorridos propuestos por los conferencistas indudablemente ofrecieron un amplio catálogo de hechos de la historia política, social y cultural acontecidos durante la Revolución y como consecuencia de ella.

Un caso muy representativo de la inquietud entonces presente en los ánimos de quienes querían hacer algo con la Revolución es el del licenciado Manuel Moreno Sánchez, cuyo curso fue importante para la historia del pensamiento político e histórico mexicano. Su título es muy atractivo, y desde luego, lleno de significado: "Más allá de la Revolución Mexicana". Difícilmente se encuentra una expresión ideológica más cabal que la proporcionada por el antiguo militante vasconcelista, diputado en tiempos de Ávila Camacho y funcionario medio en los gobiernos de Alemán y el que corría. Militaba en el partido oficial desde su denominación como PRM, esto es 1938. Su actividad en la campaña de 1929 lo había enfrentado al PNR. Su vinculación con el régimen lo hacía ser en algún sentido "vocero oficial" del mismo, pero en rigor, hay que tomar las opiniones expresadas en el texto como personales, aunque está fuera de duda que un sector del gobierno compartiera algunas de sus ideas hasta hacerlas suyas, pero no todas, no son una interpretación oficial, se trata de un síntoma de una orientación que podría tomar el Estado con respecto a la Revolución.

"Mas allá de la Revolución Mexicana" combina el artificio de ser un manifiesto político, un análisis académico y una propuesta de interpretación histórica. Frente a los discursos monolíticos que terminaban planteando que, pese a sus diferencias, todos los caudillos "lucharon por un México mejor", o que la Revolución era una esencia predeterminada desde antes de que acabara de estallar, no digamos de definirse, si es que alguna vez se definió, Moreno Sánchez la aborda desagregándola, casi me atrevería a caer en la tentación de decir, deconstruyéndola, si no se tratara de un anacronismo metodológico.

Bajo la advertencia de que "el presente no se conoce, se interpreta", Moreno Sánchez advierte que el México de su tiempo era producto de la etapa histórica denominada "Revolución Mexicana". Tal

revolución, según algunas percepciones, parecía no haber tenido lugar nunca. Según otras, la sociedad de ese momento, vivía "rutas distintas de las que parecieron marcarle las directrices revolucionarias", o bien, percibían otros, "la Revolución no pudo realizar lo que pretendió hacer". Moreno llega a la siguiente conclusión: "La vida nacional no se ajusta ya a lo que pareció ser el conjunto de elementos y de medios que, para resolver los problemas del hombre y de la nación, trajeron a la actualidad los revolucionarios de 1910". Plantea la posibilidad de que un viejo revolucionario debía pensar que sólo una nueva generación podría hacer lo que ellos no lograron, mientras que un joven diría que habría que hacer algo distinto a lo que hicieron los revolucionarios.

El examen del pasado debe iluminar el presente y conducirnos hacia el porvenir. Tras reproducir párrafos de la Entrevista Díaz-Creelman, del Plan y Programa del Partido Liberal de 1906 y de *La sucesión presidencial en 1910*, comenta que "Tal vez las coincidencias correspondan a formas políticas que entre nosotros sobreviven y que no pudieron ser destruidas por la Revolución Mexicana". Pero no es así. "...bien podemos mirar que estamos más allá de la Revolución. Aunque muchas cosas nos parezcan iguales, lo que ocurre en realidad es que nuestra vida nacional no se somete ya al viejo cuadro de las ideas de los revolucionarios... vivimos una realidad no contra la Revolución, sino más lejos de ella"..

Al abordar la revisión histórica de la Revolución, plantea que hubo cuatro revoluciones: la política, la agraria, la obrera y la cultural. De la política dice que fue la primera en definirse, aunque fue la que "menos perspectivas tuvo de afirmarse"; de la agraria opina que "alcanzó su perfección mucho más pronto". La obrera, si bien simultánea a la del campo, la entiende como un "acomodamiento de la realidad... anterior a su tiempo". La única que tomó sus perfiles definidos, fue, la cultural.

En cuanto a la revolución política, surge del porfiriato, régimen que requiere de un "esfuerzo comprensivo". Piensa que si en los años setenta del siglo XIX era necesario un gobierno fuerte, promotor de la paz y del orden, Díaz lo realizó, pero llevándolo al extremo. Si bien tuvo logros como la formación de una clase media, su problema consistió en que fue víctima de sus propias paradojas. No es del todo elegante la metáfora, pero lo caracteriza "como agua inmóvil [que] se pudrió por no encontrar drenaje". Por ello surgió la respuesta democrática de Madero y de quienes buscaban la democracia a través del sufragio efectivo que culminara en la no reelección. El proceso, en

conjunto, acentúa las paradojas: "mientras la revolución política era esencialmente liberal y democrática, la obrera resultaba antiliberal, por lo que tenía de socialista, y antidemocrática en lo que respecta a la organización y el funcionamiento de las agrupaciones obreras. Es claro que la revolución agraria era esencialmente nacionalista, mientras que la obrera era internacionalista en sus concepciones fundamentales... [y] no es descabellado considerar que la revolución obrera era materialista, sobre todo en sus principios ideológicos, y frente a ella, la revolución cultural era principalmente espiritualista, siendo claro que ambas tendencias disputaron en un tiempo la primacía del pensamiento nacional". Tal vez todo esto suene hoy demasiado conocido. Fue pensado y escrito en 1955, cuando la interpretación histórica de la Revolución era más bien extraña en el medio.

También divide Moreno Sánchez a la Revolución en etapas histórico-cronológicas, cada una de las cuales tuvo una crisis significativa: la primera, al plantearse la reelección de Obregón y no cuidar la efectividad del sufragio. Ello hizo patente la crisis política. Cárdenas puso en crisis los principios de la reforma agraria, llevándola más lejos de lo que querían los revolucionarios de 1910-1920, lo que hizo a Luis Cabrera criticarlo y distinguir entre "la revolución de entonces y la de ahora". Por fin, tocó a Alemán poner en crisis la revolución obrera para acometer "la industrialización con un concepto nuevo del problema".

La crisis de la revolución cultural, de acuerdo con Moreno, consiste "en el desconcierto espiritual que sufre el país ante la preponderante preocupación por el problema económico y la atención preferente por el desarrollo material, que origina el olvido, en gran escala, de las tareas culturales más elevadas y el debilitamiento moral de la clase superior, lo que constituye también la crisis ética que los revolucionarios han sufrido en los últimos años".

El momento en el que hablaba Moreno Sánchez era heredero de esas crisis, o estaba formado por ellas. Era un tiempo ideal para plantearle nuevas preguntas al pasado-presente. El hecho de que apenas en el año anterior, 1954, hubiera muerto don Luis Cabrera, adquiere un significado profundo. Con él se fue uno de los pocos revolucionarios capaces de hablar del pasado y del presente no sólo con autoridad moral, sino con lucidez y conocimiento de causa. A otro de los grandes intelectuales de la Revolución entonces vivo, José Vasconcelos, lo ve Moreno como el gran profeta de la Revolución. Pero para entonces ya no era el tipo de interlocutor que buscaban las aspiraciones de Moreno. Para

Vasconcelos la Revolución también había muerto, pero no estaba interesado en reclamarle al presente haberla liquidado.

Dentro de esas consideraciones, don Manuel Moreno hace una revisión sintética del México contemporáneo, que en su caso, es el que corre de Agua Prieta a Alemán. La última parte lleva el significativo título de "A problemas viejos soluciones nuevas". Gracias al binomio Ávila Camacho-Alemán "el país comienza a replantear sus antiguos problemas y a buscar soluciones más certeras". Las modalidades que fueron desarrollándose en el curso de la historia anterior fueron emancipando al país de la Revolución "de entonces" y lo fueron llevando por nuevos cauces. El problema consistía en la insistencia por cubrir las nuevas acciones bajo el manto revolucionario. Para ceder nuevamente al anacronismo, una *glasnost* anticipada. Tal vez decepcione que tanta agudeza, tanta profundidad analítica desplegada por quien después sería presidente del Senado, resulten un panegírico pro Alemán. No quisiera reducirlo a esa expresión, porque no le haría justicia. Cuántas muestras existen en la historia de las ideas —y si se quiere de las ideologías— que van más allá del panegírico, del compromiso inmediato, para lograr propuestas ricas en elementos interpretativos. Todo lo que se queda en la inmediatez, no trasciende. Se pierde en ella. El discurso de Moreno Sánchez es más rico que eso, a pesar de que llegue a expresar que principios como el de la no reelección ya habían sido superados. Hay demasiada inteligencia en sus páginas, como para reducirlas a su nexos con un régimen al que expresa. En todo caso, lo importante es cómo lo expresa. Y tarea del historiador de las ideas es rescatar toda muestra de inteligencia con la cual se ha hecho un esfuerzo por interpretar la realidad histórica pasada y presente. Lo importante del caso es la argumentación de Moreno Sánchez, en la que en este caso, los medios superan a los fines. Y para los propósitos de este discurso, que no son los de discutir las ideologías, la aportación consiste en la argumentación. Lo otro, que también es histórico, es materia de otro análisis que no rehuyo, simplemente aplazo.

Lo rescatable, pues, es la discusión en torno a la herencia de la revolución, la conciencia histórica que se tenía de ella en un momento que puede ser caracterizado como eslabón significativo en la historia de la modernidad mexicana. En las palabras de Moreno Sánchez puede encontrarse similitud con las expresiones presidenciales de un Alemán y de un López Mateos, al fin congéneres. Pero el hecho de ser pronunciadas ante un público académico obligan a una reflexión mayor, a un compromiso historiográfico que no necesariamente se da en cualquier discurso político. En todo caso, la ambigüedad histórico-política de "Más

allá de la Revolución Mexicana" es un ingrediente valioso para que se afilen mejor las armas de la crítica académica.

Para 1955, un curso universitario y una revista especializada eran cosas que sólo trascendían desde y para las minorías. Tal vez podían fungir como laboratorios desde los cuales después se comenzara a emprender una producción para el consumo masivo. Por lo pronto ahí quedaban las cosas. Digo esto porque el curso-artículo de Moreno Sánchez podría entenderse como el réquiem de la interpretación oficial de la Revolución Mexicana. No se pudo asumir que antes de llegar al medió siglo del inicio de la Revolución, se concluyera que la realidad la había superado y era necesario convertirla en pieza de museo. Si el PARM fuera un partido político digno de ser tomado en serio, podría argüirse que generales como Barragán y Treviño reclamaran los desvíos y buscaran la aplicación de la ortodoxia. Eso es tan significativo como ingenuo. El discurso oficial siguió su derrotero, como si las especulaciones del funcionario-intelectual no hubieran pasado de eso, de meras especulaciones. Era imposible eliminar a la Revolución del discurso. De cualquier manera ya eran muchos los años en los que el tropo con el que estaba compuesto ese discurso era el irónico. En medió de esa gran ironía, el aparato oficial se aprestaba a celebrar en 1960, en el bienio inicial del gobierno lopezmateista, el cincuentenario de la Revolución Mexicana.

Hubo un cambio cualitativo digno de ser notado. Mientras que los iniciales "sepultureros de la Revolución" reclamaban su esencia, o mejor, la pérdida de su esencia en la práctica de gobierno amparada en la revolucionariedad, Hernández Luna se preguntaba por los orígenes de ella y Moreno reclamaba suspender el seguir actuando bajo su amparo y proponer otro discurso.

Al llegar 1960, de nuevo los académicos vendrían a poner la nota discordante en medio de los festejos. Dentro de otra instancia universitaria, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, fundado en tiempos de Nabor Carrillo por Samuel Ramos, Guillermo Haro y Eli de Gortari, un joven investigador de El Colegio de México, el abogado, sociólogo e historiador Moisés González Navarro, que ocupa un asiento en esta Academia, y que para entonces ya era autor entre otros libros del grueso volumen dedicado a la vida social del porfiriato dentro de la importante *Historia moderna de México*, se atrevió a presentar sus reflexiones en torno a la ideología de la Revolución Mexicana. Se siguió la misma dinámica de 1955, primero un convivio académico y después la publicación en una revista especializada, en este caso *Historia*

Mexicana. El maestro González Navarro presenta un trabajo breve, puntual, que se caracteriza por el muy buen empleo que hace de la metodología propuesta por Karl Mannheim. Dicho trabajo, llamado "La ideología de la Revolución Mexicana", anticipador del título del libro de Córdova, fue discutido por cuatro historiadores, Luis Chávez Orozco, Jesús Silva Herzog, Arturo Arnáiz y Freg y Leopoldo Zea. Al final del texto expresa que según Mannheim, "utopía es el complejo de ideas que tiende a cambiar el orden vigente, e ideología el complejo de ideas que dirige la actividad para mantenerlo. En este sentido —concluye González Navarro—, la 'utopía' revolucionaria se ha convertido en una verdadera 'ideología': los lemas revolucionarios se repiten ya casi como meros *slogans*".

El artículo, en su brevedad, no tiene desperdicio. Revisa con extrema puntualidad las principales tendencias del ideario revolucionario en sus diversas etapas, estableciendo la diferencia entre las de origen rural y las urbanas, haciendo hincapié en las emanadas de los grupos de trabajadores. González Navarro es el primer estudioso que subraya las aportaciones del pensamiento católico dirigido a la solución de los problemas sociales, indicando donde aventajaba y donde permanecía a la retaguardia con respecto a lo *propiamente* sancionado como revolucionario. Distingue luego a la revolución "de entonces", según el dicho de Cabrera, de la cardenista, que para 1960 había dejado de ser "la de ahora". Según lo expresado por el autor, "el cardenismo tiene la doble significación de haber hecho más radical la revolución y simultáneamente haber incrementado su antítesis". Luego opina que "la bandera política de Madero dista mucho de haberse cumplido", que se pasó del jacobinismo "un poco ingenuo pero sincero" a un despotismo ilustrado que recuerda al de los científicos, que la preferencia por la pequeña propiedad se reconcilia con el pensamiento agrario de Molina, Cabrera y Rouaix, y, para concluir, que el pensamiento revolucionario se convirtió de agrario y espontáneo en urbano y académico. Insisto en que esto fue escrito en 1960.

Tanto el texto de González Navarro como el de Moreno Sánchez se caracterizan por proponer una interpretación, por inclinarse hacia los terrenos de la *doxa*. La interpretación histórica, fundamentada en el conocimiento o *episteme*, puede entenderse como un acto de intencionalidad política, en la medida en que su finalidad es prevalecer sobre otras interpretaciones, como verdadera. La búsqueda de la verdad por la verdad no queda ahí, no es desinteresada, sino que pretende ser aceptada como única y absoluta. Quien propone y quien recibe la interpretación hacen política en el sentido metafórico de la palabra. Su

lucha es la lucha por el poder de la aceptación de la verdad, misma que será utilizada como instrumento de dominio. Con respecto a los trabajos que comento, es claro que uno busca con una intencionalidad mayor o más clara hacer política, al proponer explícitamente un cambio en la interpretación de la relación entre las acciones políticas y su cobertura ideológica, mientras que el otro se limita a establecer una crítica a la ideología, al exhibirla como tal.

Es interesante constatar el contraste en la recepción de uno y otro discursos. Mientras que el más abiertamente político tuvo una de las respuestas típicas del sistema al cual iba dirigido, esto es, el silencio, el otro, el más típicamente académico fue materia de un acto de violencia verbal protagonizado por el filósofo Emilio Uranga y don Daniel Cosío Villegas. El primero al ataque y el segundo en defensa, tanto de su discípulo y colaborador, como de la libertad de opinión.

Para la época en la que nos ubicamos, Uranga había renunciado a ser el filósofo más brillante de su generación, como lo pronosticaba su maestro José Gaos y lo atestiguan sus compañeros Luis Villoro y Alejandro Rossi entre otros. Uranga se había convertido en un intelectual al servicio del Estado, ya que no propiamente un intelectual orgánico. Lejos del rigor conceptual y de una lógica diáfana, propios de un filósofo, Uranga arremete contra González Navarro en un artículo de la imprescindible revista *Siempre!* En él, siguiendo el infalible método de entrecomillar frases descontextualizadas, insulta y descalifica al historiador, a quien tilda de reaccionario. ¿Iniciativa individual o del sistema? No creo que haya documentos probatorios que induzcan una respuesta. ¿Ganas de "defender" la "causa revolucionaria" de los embates de la crítica acusada de "reaccionaria" o provocar a Cosío Villegas, a quien menciona al final del artículo, equiparándolo con Francisco Bulnes? Responder a esto tal vez no sea tan relevante, en la medida en que si de provocar a don Daniel se trataba, el texto de Uranga tuvo buen éxito. Ciertamente, el lenguaje utilizado por él recuerda más a don Francisco Bulnes que lo que pretendía encontrar de este escritor porfiriano en Cosío. En fin, la polémica se extendió durante varias semanas, para alimentar el regocijo insano de los lectores del *Siempre!* Digo insano, porque la polémica no tiene la altura deseable para el historiador de las ideas, que buscaría argumentos y contra argumentos en torno al siempre interesante tema de la ideología revolucionaria. No. Todo quedó reducido a argumentos *ad hominem* en los cuales el talento de Cosío brilla para poner en su lugar al antiguo miembro del Hyperión convertido en defensor de la ortodoxia revolucionaria.

La acción —que se antoja desmedida— de Uranga, si se puede o acaso debe leer como propia del sistema. Anticipa reacciones semejantes que ya nos tocó atestiguar como lectores de periódicos a lo largo de los años sesenta. Parecería que la investigación originada en los ámbitos académicos no debiera tener alcances de tal magnitud que pusiera nervioso a un sistema político como el mexicano de entonces, tan seguro de sí mismo. De otra manera, cómo entender la enconada diatriba contra Oscar Lewis y su célebre libro *Los hijos de Sánchez*, que menciono sólo de pasada para detenerme un poco más en la recepción que le mereció al periodista Horacio Quiñones, en 1969, la aparición del libro *México visto en el siglo XX*, en el que la pareja formada por James y Edna Wilkie daba a conocer siete entrevistas de historia oral a sendos personajes de la historia mexicana contemporánea y en el que campeaban opiniones ortodoxas y heterodoxas sobre la Revolución Mexicana y su secuela. Con una actitud semejante a la de Uranga, pero con lenguaje más pobre y sin ningún concepto, Quiñones se limitaba al lugar común de decir que los Wilkie eran agentes de la CIA. El sistema se negaba a aceptar los frutos de la investigación que atentaran contra sus antiguas bases ideológicas.

El revisionismo historiográfico tocaba la puerta. De la esfera de la *doxa* se caminó hacia un nuevo *episteme*. Las preguntas en torno al proceso revolucionario planteadas desde 1955, abrían nuevos caminos, así como la interpretación sobre la Revolución que mostró su falta de unidad, sus paradojas internas y las crisis por las que atravesó en diferentes momentos. El rigor analítico que en 1960 estableció la conversión de la utopía en ideología, de acuerdo con el lenguaje mannheimiano, planteaba rutas diferentes, mientras en el ámbito oficial se celebraba de manera apoteótica el medió siglo en libros como *México, cincuenta años de Revolución*.

No deben soslayarse las aportaciones de los historiadores extranjeros que, siguiendo la línea de Frank Tannembaum, no lejana a la historia oficial mexicana, daban muestra de academicismo en sus tratamientos de momentos o figuras de la Revolución. Quienes vinieron detrás de ellos establecieron nuevas perspectivas. Ya no se trataba de recrear el esencialismo revolucionario sino de investigar, sacar a la luz nuevos conocimientos en torno al proceso histórico de la Revolución, a partir de preguntas que ponían en crisis todo aquello que se tenía como esencial y, por lo tanto, inamovible. La revolución se convirtió en un asunto a revisar. La heterodoxia fue la nota dominante en lo que se escribiría a partir del final de los años sesenta. De la pregunta investigante se llegó al conocimiento de particularidades que afectaron la totalidad. La

correlación posterior de los avances del revisionismo con las modificaciones del Estado mexicano confirmarían lo que tuvo inicio al promediar los años cincuenta. El revisionismo historiográfico se convertiría en un proceso irrefrenable, que no sólo tendría consecuencias en lo que toca a la interpretación del pasado por parte de los académicos, sino también en la esfera política, que es donde más ha sufrido modificaciones lo que fue la ideología de la Revolución Mexicana.

PONDERACION DE ALVARO MATUTE

Enrique Krauze

El nombre de Álvaro Matute, admirable por tantas razones, me es personalmente entrañable por estar ligado al despertar mismo de mi vocación intelectual. A mediados de los sesenta, en las horas que me dejaban libre los inescrutables misterios de la regla de cálculo, prendía Radio Universidad y escuchaba mi programa favorito: "los libros al día". Su redactor era Álvaro Matute. Por aquella cartelera no sólo desfilaban los libros de historia, sino toda la producción bibliográfica nacional: temas de teatro, novela, cine, política, sociedad. El programa tenía la virtud de ser vivaz sin ser frívolo, informado sin ser tedioso, claro sin ser superficial. Estaba hecho con una rara mezcla de equilibrio y pasión, por un hombre que no leía las solapas de los libros: leía los libros. Entonces me lo imaginaba viejo y de larga barba. Un prototipo de madurez. Años más tarde, cuando lo conocí, me llevé la gran sorpresa: aquel promotor del noble arte de la lectura era apenas unos años mayor que yo y llegaría a ser un miembro destacado de nuestra generación. Álvaro Matute, el maestro, el historiador que recibimos esta tarde en nuestra Academia, ha sabido ser fiel a esa vocación humanista que apuntaba en aquel remoto programa de los años sesenta. Un hombre de libros que entiende la vida intelectual como servicio público; cívico. Por más de un cuarto de siglo, Matute ha sido, ante todo, un maestro en la más alta tradición de la Universidad Nacional Autónoma de México, un digno heredero de sus grandes mentores, sobre todo de dos a quienes, si no me equivoco, debe los perfiles específicos de su vocación: don Eduardo Blanquel –brillantísimo profesor que por desgracia se nos fue prematuramente– y don Edmundo O'Gorman cuya obra, plena de ironía, conocimiento e inteligencia, no palidece frente a los escritos históricos de su abuelo intelectual, José Ortega y Gasset. Como sus maestros, Álvaro Matute no sólo ha escrito libros, ensayos y artículos valiosos sino que ha pasado buena parte de su vida

transmitiendo su conocimiento a las generaciones jóvenes. Recuerdo el entusiasmo con que hace algún tiempo me hablaba de un curso que ha impartido sin interrupción por decenios a los recién llegados de las escuelas preparatorias. Al escucharlo, confirmé que Clío, musa exigente, admite muchas formas de servirla.

Una de ellas, representada ejemplarmente por Matute, es profesarla en coloquios, congresos, conferencias, seminarios, cátedras, mesas redondas y, sobre todo, cotidianamente, en las aulas. Estoy seguro que detrás de cada ficha de participación profesoral incluida en su curriculum —y son cientos de ellas— hay un acto auténtico de compromiso con el tema y con el auditorio. Matute no llena expedientes: busca conocer y dar a conocer así hable de asuntos tan disímbolos como el Ateneo de la Juventud —uno de sus temas favoritos—, los militares del siglo XIX, los caudillos de la Revolución, el teatro en México, la tarea del historiador, la obra de Ramón Iglesia, la historiografía mexicana o la literatura del siglo XX. Este compromiso con la historia, y con la historia de la historia, ha sido un imán para los alumnos de Matute. Así se entiende la riqueza y variedad de las casi 50 tesis que ha dirigido en la Universidad, desde una biografía de Ignacio Chávez hasta una monografía sobre El Colegio Madrid. Como corresponde a un historiador genuino, Matute sabe que todo es susceptible de ser historiado: lo grandioso y lo nimio, lo ideal y lo material, lo social y lo individual. A sus 55 años, ha seguido siendo el joven y omnívoro redactor de "los libros al día". Todo despierta su curiosidad y sabe plantar esa semilla en sus alumnos.

Pero Matute no sólo sirve a la musa de la historia en el papel ejemplar de maestro universitario sino como un historiador cumplido y maduro. Además, de participar puntualmente como editor y consejero en numerosos cuerpos colegiados, editoriales, comisiones y proyectos ligados al trabajo histórico, ha escrito cinco libros: el original estudio sobre *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, editado por la UNAM en 1976; *La carrera del caudillo y Las dificultades del nuevo Estado*, dos libros claros y sustanciosos editados por El Colegio de México dentro de la serie Historia de la Revolución Mexicana; la obra *La Revolución Mexicana. Actores, escenarios y acciones*, que dió a luz el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana; y, recientemente, el breve pero excelente panorama de la historiografía mexicana llamado *Estudios Historiográficos*. Además de estas aportaciones, a la pluma de Matute se deben 12 libros coordinados, antologías y ediciones de fuentes (entre ellos el utilísimo sobre la teoría de la historia en México, el revelador sobre el contraespionaje político en la época de Obregón, los conmovedores documentos sobre esa especie extraña de santo laico y militar que fue Felipe Ángeles, y las indagaciones

sobre la huella española en América); 10 estudios y prólogos; 28 capítulos de libros colectivos y ponencias en memorias; 21 artículos en revistas académicas; 15 textos en revistas de divulgación; 9 colaboraciones en tomos enciclopédicos; 52 textos de divulgación y docencia, y 48 reseñas críticas sobre la producción histórica de los últimos veinticinco años en México.

En el universo de sus curiosidades destacan dos campos: la historia de la Revolución y la historia de la historia, es decir, la disciplina que José Gaos, en un memorable artículo de *Historia Mexicana*, denominó Historiografía. Todos los historiadores tenemos una clave secreta, a veces familiar, que explica nuestra vocación. La inclinación de Matute por estudiar la Revolución mexicana tiene su origen más claro en la cercanía de Eduardo Blanquel, quien era la excepción a la regla universitaria de no tocar la historia contemporánea. Pero quizá exista una presencia anterior, la de su antepasado (abuelo), el general Amado Aguirre, de quien Matute publicó y prologó su obra *Mis memorias en campaña. Apuntes para la historia* en edición facsimilar en 1985. Este gran revolucionario jalisciense, maderista de primera hora, no sólo fue Constituyente del 17, sino que pudo servir sin contradicción al gobierno de Carranza y al de Obregón, fue embajador en varias repúblicas sudamericanas y escribió —además de la obra publicada por su nieto— estudios sobre los territorios de Quintana Roo y Baja California de los que fue gobernador. Murió a los 86 años, en 1949, cuando Álvaro tenía alrededor de seis años de edad. Tal vez su recuerdo perduró en la casa familiar. Así nacen las vocaciones cuando son de verdad. No del interés sino de las entrañas.

Otra influencia dominante fue la de don Edmundo O'Gorman, que abrevó a su vez el interés historiográfico en su maestro José Gaos. Gaos solía decir que -había cabalgado toda su vida entre la historia y la filosofía, y la historiografía representaba una síntesis de las dos disciplinas. Matute, que estudió primero en Ciencias Políticas y luego Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, se ha inclinado cada vez más hacia el territorio fascinante de historiar a los historiadores. Próximamente aparecerá, editada por el F.C.E. su obra sobre el *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX (1910-1935)* y está avanzado en un 75% el libro que complementa esta edición de 1940 hasta 1968. Los lectores esperamos con gran interés estos libros. Estamos seguros que estarán a la altura de aquellas obras de los grandes historiadores de la historia que, por influencia de los transterrados españoles (de quienes todos somos deudores intelectuales), se publicaron en la misma casa editorial en los años cuarenta.

El texto que Álvaro Matute ha leído hoy pertenece al género referido y prueba la calidad de sus investigaciones. Se concentra en un momento olvidado de nuestra vida académica, un encuentro de 1955 que todos nosotros, estoy seguro, hubiésemos querido presenciar. ¡Qué formidable desfile de escritores y pensadores! Entre ellos, Matute destaca la figura modesta de Juan Hernández Luna, el historiador de las ideas de origen michoacano que escribió una buena historia del Ateneo de la Juventud pero que en aquel congreso atisbó avenidas de revisionismo que se ampliarían asombrosamente en los años sesenta. Matute rescata también las ideas de Manuel Moreno Sánchez, no hay que olvidarlo, sirvió al gobierno del general Benigno Serrato, que sucedió al General Cárdenas en Michoacán y murió en circunstancias sospechosas. Debido a esa experiencia, Moreno Sánchez pudo perfilar una crítica francamente heterodoxa y, a mi juicio, muchas veces certera, del cardenismo.

Pero tal vez el rescate más justo y notable es el de un ensayo: "La ideología de la Revolución Mexicana" escrito por nuestro querido maestro Moisés González Navarro y publicado en *Historia Mexicana* en 1960. Se trataba, en efecto, de un acto a contracorriente. Mientras el gobierno lopezmateísta festejaba con bombo y platillo los cincuenta años de una revolución que no sólo no tenía fin sino que, supuestamente, recomenzaba siempre, González Navarro hablaba del *Terminador*, y aplicaba categorías extraídas de sus estudios sociológicos para mostrar la trayectoria y el agotamiento de la ideología revolucionaria. Matute apunta, con toda razón, que ese valeroso artículo de González Navarro fue un antecedente del revisionismo histórico que tocaba a la puerta de nuestra historia escrita. Y si se me permite dar una pequeña confirmación personal de este hallazgo historiográfico de Matute, diré que al *escribir Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana*, leí aquel ensayo como una inspiración. Ése era el tono y la distancia crítica que necesitaba. Mi ejemplar de aquel número 40 de *Historia Mexicana* está subrayado con pluma, lleno de admiraciones y apostillas.

Matute toca un instante del pensamiento historiográfico, el momento en que la Academia descubre, por así decirlo, que la Revolución no es una realidad suprahistórica intocable, y que por tanto la historia de la Revolución es historiable. En este sentido, me parece importante señalar la influencia del ensayo seminal de Daniel Cosío Villegas, "La crisis de México", ese acto de revisionismo histórico *avant la lettre* escrito fuera de la Academia y que sin embargo fructificó, años más tarde, en los escritos de las jóvenes generaciones. De hecho, el ensayo de Moreno Sánchez que recuerda Matute puede leerse como una respuesta a Cosío

Villegas. Por otra parte, Matute tiene razón en señalar de paso la importancia de Frank Tannenbaum en la historia de nuestra historia, pero tal vez discrepo un tanto de él en cuanto a considerarlo un autor ortodoxo. Creo que en los libros de Tannenbaum, y en ensayos poco conocidos, hay al menos un embrión de revisionismo histórico.

Clío, dije al principio, es una musa exigente pero generosa. Se le puede servir como maestro, como editor, como historiador en los géneros y los campos más diversos. Se le puede servir dentro y fuera de la Academia. Matute le ha sido fiel dentro del ámbito universitario: ha contribuido decisivamente –y seguirá contribuyendo, estoy seguro a la propagación, edición y descubrimiento del saber histórico. Pero para apreciar su mayor cualidad como historiador basta acercarse a nuestro nuevo académico como persona: en una generación arrebatada por las pasiones, Álvaro Matute es la imagen misma del equilibrio, la suavidad, la ponderación, la honestidad. Clío misma las tendría como prendas principales. Porque en una mano sostiene un reloj de arena pero en la otra la balanza de la justicia.